

# Regiones naturales, regiones nominales y regiones vividas\*<sup>1</sup>

Juan Pedro Viqueira.<sup>2</sup>

*In Memoriam  
Luis María Gatti.*

Marc Bloch definió en una ocasión a la historia como la ciencia de los hombres en el tiempo. Afirmó con razón que el tiempo para el historiador no es una simple unidad de medida divisible en períodos homogéneos, como podría serlo para un físico, sino que por el contrario es "una realidad concreta y viva", el "lugar de la inteligibilidad" de los fenómenos que analiza. El fechar los fenómenos estudiados es lo que permite reintegrarlos a un conjunto más amplio —al orden de la sucesión y al de la simultaneidad— haciendo posible su comprensión (Bloch, 1975: 36-37).<sup>3</sup>

Me atrevo a pensar que, habiendo trabajado siempre en estrecho contacto con la escuela francesa de geografía humana y habiendo hecho del estudio del paisaje un

---

\* Publicado originalmente en *Sotavento. Revista de Historia, Sociedad y Cultura* (Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales, Universidad Veracruzana), 3, Invierno de 1997-1998, pp. 107-117.

<sup>1</sup> Ponencia presentada en VI Simposio de Historia y Antropología Regionales, organizado por la Universidad Autónoma de Baja California Sur en noviembre de 1994.

<sup>2</sup> Investigador del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

<sup>3</sup> Justo es reconocer que en los últimos tiempos los mismos físicos tienden a abandonar la idea de un tiempo abstracto para acercarse a las concepciones de un tiempo creador e irreversible que los historiadores manejan desde hace muchas décadas (Prigogine, 1993).

poderoso medio de conocimiento histórico, a Marc Bloch no le habría disgustado que en su definición se incluyera también al espacio (Bloch, 1978). Este tampoco es un medio homogéneo que pueda definirse tan sólo por sus coordenadas y su extensión, sino que es ante todo un paisaje labrado por el hombre y vivido socialmente.

A pesar de la importancia creciente que tienen en México, los estudios regionales, los investigadores no suelen interrogarse sobre el concepto mismo de región y sobre sus usos en situaciones particulares.<sup>4</sup> ¿Existen las regiones en sí mismas o son tan sólo una herramienta de análisis forjada por el investigador? ¿De qué manera se transforman las regiones a través del tiempo? ¿Cómo debe delimitarse la región de estudio? ¿Debe ser ésta un espacio homogéneo definido de acuerdo a una o varias variables, que pueden ser geográficas, lingüísticas, económicas, administrativas, etcétera? O por el contrario ¿debe entenderse como la articulación de espacios diversos, animados por intercambios materiales y humanos especialmente intensos? ¿No habrá que tomar en cuenta los sentimientos de pertenencia de sus pobladores, sus vivencias cotidianas, sus percepciones del "nosotros" y de "los otros"?

Sin pretender responder a todas estas preguntas, en este trabajo nos limitaremos a pasar en revista varias de las formas en que las regiones han sido concebidas, mostrando para cada una de ellas sus principales ventajas y peligros, para finalmente interrogarnos sobre la posibilidad de conjugar —o más precisamente de confrontar en forma creativa— diversos acercamientos conceptuales en el estudio histórico de determinados espacios sociales.

---

<sup>4</sup> Algunas excepciones al respecto son Gatti, 1981 y 1987; Gatti, Cuello y Alcalá, 1979; González, 1991; Hiernaux y Lindon, 1994; Lameiras, 1993; De la Peña, 1981; Pérez Herrero, 1991; y Del Río.

## **Regiones naturales.**

Los espacios sociales, como bien es sabido, se construyen a partir de una amplísima gama de prácticas humanas que ligan unos lugares con otros. Los hombres se desplazan en busca de trabajo, bienes y aventuras. Intercambian con sus vecinos más o menos distantes, mujeres, favores, productos, ritos, creencias, gustos alimenticios y estéticos, enfermedades, conocimientos, técnicas, ideas y palabras, muchas palabras. Cada tipo de relación social que se establece entre un poblado y otro puede ser visto como un hilo de un color distinto que conforma la urdimbre del tejido del espacio social.

Investigadores e ideólogos han pretendido poner al descubierto los límites "naturales" existentes en este tejido que explicarían su división en entidades políticas y culturales diferenciadas. Las teorías que conciben a diversos elementos geográficos (mares, montañas, desiertos, ríos) como límites naturales que dificultan y restringen los intercambios humanos no sólo han alimentado miles de páginas, sino que también han servido para justificar más de una guerra de expansión, realizada con el fin de ajustar el territorio de una nación a sus "fronteras naturales". Sin embargo ningún elemento geográfico puede ser considerado en sí mismo un obstáculo natural, sin tomar en cuenta las culturas que lo habitan y los medios tecnológicos de que éstas disponen (Febvre, 1970: 323-342). Cadenas montañosas que hoy separan dos países, como es el caso de los Pirineos, en tiempos de guerra e inestabilidad sirvieron de refugio, favoreciendo la unidad lingüística, cultural y política de los habitantes de sus dos vertientes (Vilar, 1979: 162-164). Mares y desiertos que en un momento dado son obstáculos infranqueables, pueden más adelante ser surcados por flotas y caravanas que propicien la difusión y mezcla de hombres, técnicas e

ideas. Y ¿qué decir de los ríos?, medios privilegiados de comunicación para infinidad de sociedades.

Otro elemento que a los ojos de muchos parece constituir un criterio "natural" para la demarcación de espacios es la distribución de hombres hablantes de una misma lengua, criterio que también ha sido, y sigue siendo, motor de innumerables y sangrientas guerras, iniciadas con el fin de unificar políticamente dichos espacios. Sin duda, las barreras lingüísticas pueden dificultar los intercambios humanos, especialmente los verbales, pero no podemos olvidar las posibilidades de otras formas de comunicación, el papel de intérpretes y traductores, la existencia de lenguas francas y las potencialidades políglotas de los hombres, realizadas por diversos sectores sociales. Por otra parte, historias diferenciadas pueden impedir o al menos limitar la identificación cultural, étnica, de hablantes de una misma lengua. Para convencerse de ello, basta mirar el caso de la América Hispánica o recordar que en Bosnia-Herzegovina se hablan los mismos dialectos en ambos lados de las trincheras. La proposición inversa puede también ser cierta, y aunque las guerras actuales parezcan empeñarse en desmentirlo, ha habido y sigue habiendo países plurilingües con un fuerte sentimiento de identidad nacional. El caso de Suiza, claro está, es el ejemplo más socorrido. Finalmente no hay que olvidar que la delimitación misma de las distintas lenguas no es siempre tan evidente como se pretende, y en más de una ocasión los lingüistas han discrepado entre sí a la hora de trazar la frontera entre variantes dialectales e idiomas emparentados. De hecho —como la han demostrado varios historiadores— las lenguas "nacionales" no sólo no son el "cimiento primordial" de los estados naciones, sino que por el contrario suelen ser el resultado de políticas deliberadas de uniformización de "variantes dialectales",

cuando no creaciones artificiales, de las élites y de los grupos dirigentes (Hobsbawm, 1992: 60-71).

Si bien la identificación de ciertos elementos geográficos con "fronteras naturales", o la de grupos lingüísticos con etnias de vocación nacional ha sido usada como justificación para expandir entidades políticas, éstas a su vez han sido los marcos "naturales" para infinidad de estudios históricos y geográficos.

Sin duda alguna la pertenencia de alguna región a un Estado político durante un prolongado período de tiempo no puede más que dejar huellas evidentes, incluso en los paisajes mismos (Gourou, 1984: 24-25). La legislación nacional, la dependencia de determinados centros administrativos pueden llegar a modificar formas productivas, relaciones sociales y rutas comerciales, aunque no puedan hacer tabla rasa del pasado, ni anular por completo las fuerzas locales. Además el tomar como único marco de análisis las entidades nacionales o, a un nivel más pequeño, sus divisiones administrativas, conlleva el riesgo de privilegiar la dimensión política y el papel de las élites que disputan el poder, y por lo tanto presentar visiones demasiado estrechas para unas disciplinas que pretenden abarcar a la sociedad en su conjunto.

### **Regiones nominales.**

Hoy en día, por lo general, los investigadores han tomado cierta distancia crítica con respecto al uso de estos criterios "naturales" y administrativos, que tenían la peligrosa pretensión de la objetividad.

El estudio de los paisajes ofreció sin duda una alternativa de gran valor para los investigadores desencantados y escarmentados de las simplificaciones anteriores, pero que deseaban mantener un acercamiento global a la realidad estudiada. En

efecto los paisajes son el resultado del trabajo, a veces milenario, de los hombres sobre el medio natural. En ellos quedan plasmados como signos descifrables los elementos geográficos originales, las técnicas, las formas de organización social y los valores de las sociedades, pasadas y presentes, que los labraron día tras día. Los paisajes constituyen así uno de los "fenómenos sociales totales" cuyo análisis resulta más cautivador (Gourou, 1984: 11-15; Sautter, 1961; y Juillard, 1961). Sin embargo una regionalización basada en su estudio plantea grandes dificultades. Las fuerzas que los han modelado son tantas, de tan diversa índole y enlazadas de mil maneras distintas que no es posible delimitar áreas realmente homogéneas. Al intentarlo, el geógrafo termina, inevitablemente, por definir cada región a partir de unos pocos factores, distintos en cada caso, que a su juicio son los que la singularizan.

Además muy a menudo los paisajes son el resultado del aprovechamiento diferenciado de un amplio territorio por parte de un mismo grupo humano. De tal forma que cada uno de ellos sólo cobra sentido en su articulación con otros que integran este conjunto más amplio. Puede llegar a suceder, incluso, que paisajes separados por grandes distancias formen parte de un mismo sistema, como era el caso en los Andes en los tiempos prehispánicos (Murra, 1975).

Ante las dificultades de una regionalización basada en un acercamiento sintético a los espacios sociales, como es el de los paisajes, otros investigadores han recurrido a algún elemento de especial relevancia de la realidad (actividades económicas, redes de comercio y de intercambio de información, dependencias de determinados centros urbanos, etcétera) para delimitar regiones diferenciadas. Sin duda alguna reduciendo un tipo de práctica social a un intervalo de valores de una variable determinada pueden verse espacios más o menos densamente bordados, fácilmente distinguibles unos de otros. Pero basta escoger otra variable, cambiar los

intervalos de sus valores u observarla en otro momento histórico para que los espacios cobren nuevas figuras. El cuento de la variable fundamental —ya sea económica, geográfica o de cualquier otra índole— que determina a las demás ha caído con justa razón en un total descrédito. Tampoco es defendible hoy en día la idea de que existen regiones cuyos límites se mantienen incólumes a pesar del transcurso del tiempo. Muchos investigadores se han resignado entonces a fijar su atención en la variable y en el período que mayor interés representan para los fines de su análisis, definiendo así regiones nominales, que son explícitamente creaciones conceptuales (Viqueira, 1983: 90-92). Otros, guiados por la intuición, se han percatado —tras el acopio de abundante información— que distintas variables tienden, pero sólo tienden, a coincidir en espacios de límites imprecisos y que el tejido social se torna más denso en ciertas áreas y pierde consistencia, asemejándose a un deshilado, en otras. La definición de la región a la que llegan estos investigadores resulta ser así la culminación de sus pesquisas, no su presupuesto metodológico.

### **Regiones vividas.**

Rara vez sin embargo se presta atención a la conciencia de los hombres, a las ideas que se forman de su espacio social, a las definiciones que dan de lo local y de lo foráneo. Claro está que estas concepciones no son homogéneas. Comerciantes, grandes propietarios y campesinos, hombres y mujeres, niños y adultos viven y perciben la región de maneras distintas (Gatti, Cuello y Alcalá, 1979; y Gatti, 1987). Sus formas de interpretarla y de delimitarla presentan importantes variaciones. Estas conciencias del espacio, jerarquizado en la compleja escala de lo propio y de lo ajeno, en la del nosotros y del ellos no son simples reflejos de algunas prácticas

sociales, sino que constituyen una interpretación de éstas a partir de un proyecto humano y por ende histórico. Estas interpretaciones que orientan las decisiones cotidianas son el cartón que inspira los colores, las direcciones y el largo de los hilos que se tejen entre los hombres. En el momento de escoger amigo, yerno, compadre o "marchante" el hecho de que se le conciba como nativo o forastero tiene sin duda alguna un gran peso, aunque no siempre se ponga lo propio en el mismo lado de la balanza. Este sentimiento de pertenencia a una región, ciertamente delimitada de maneras diversas por los distintos actores sociales, permite comprender cómo un conjunto de factores naturales cobra forma en manos de una cultura para dar lugar a los paisajes que conforman una región.

No obstante, el concepto de espacio vivido que sin duda ofrece grandes posibilidades de análisis a los antropólogos, resulta de difícil manejo para los historiadores, ya que los testimonios de las ideas que los hombres del pueblo tenían del espacio en que se desenvolvían son por lo general escasos, cuando no inexistentes. Esta carencia puede suplirse, en forma ciertamente limitada, intentando percibir los alcances territoriales de las redes de ayuda mutua regionales que suelen tejerse entre personas que se consideran pertenecientes a un mismo grupo. Algunos hilos sueltos de estas redes de ayuda mutua pueden rastrearse a través de las relaciones de amistad, compadrazgo y matrimonio que se establecen entre habitantes de distintos poblados. Dado las pocas fuentes que tratan de la vida cotidiana del pueblo llano y de los escasos estudios que se han realizado sobre este aspecto de las sociedades pasadas, no es de esperar una abundancia de información al respecto, ni delimitaciones precisas o solidamente fundamentadas de estas regiones vividas, pero no hay peor lucha que la que no se hace.



Además de estas limitaciones exclusivas del quehacer historiográfico, la noción de espacio vivido plantea otras dificultades: Aún conociendo con precisión los sentimientos de pertenencia de los moradores de la región, sus distinguos entre "los de aquí" y "los de allá", los límites de ésta seguirán siendo imprecisos, fluctuantes. No es lo mismo vivir en el centro, que en las márgenes. Vivir en la frontera, es ya traspasarla, es tender un puente hacia el otro lado, es lanzar la madeja más allá de los límites para extender la red de relaciones sociales. Los poderes públicos se han obstinado en trazar rayas precisas para acabar con las incertidumbres sobre quiénes forman el nosotros y quiénes son los otros. Sin embargo hoy en día en muchas partes del mundo esta pretensión totalitaria revela sus límites y sus peligros. En los países nacidos de la desintegración de los grandes imperios —otomano, austro-húngaro y ruso— los habitantes se niegan a reconocerse como parte de una misma entidad y se lanzan a la sangrienta aventura de delimitar por las armas un territorio sólo para "nosotros", en el que no tengan cabida "los otros". Hay quien afirma que el sueño del estado nación culturalmente homogéneo ha terminado. Por mi parte pienso que lo que sucede es que tal sueño ha resultado ser una pesadilla.

Pero independientemente de la valoración que le demos a estos sucesos, es indudable que los tiempos de violencia colectiva que trastornan toda la vida cotidiana, los períodos en que los hombres, relegando su condición de personas se transforman en masa (Canetti, 1981 y 1983), arrinconan a los habitantes de un espacio a tomar partido, a definirse: o "con nosotros" o "contra nosotros". Los tibios, los indecisos y los prudentes llegan entonces a ser vistos como más peligrosos que los mismos enemigos.

Así los momentos iniciales de un levantamiento, o de una guerra, configuran con inquietante nitidez regiones, que abrazan uno u otro bando, enfrentándose entre

sí. Luego, los avatares de la lucha armada van sumergiendo estas regiones para dar paso a los campos de batalla, a las zonas reconquistadas, pacificadas o ganadas.

Para comprender las regiones así delimitadas por la toma de partido de sus habitantes es sin duda necesario analizar sus características generales y las prácticas sociales que se desplegaban en ellas. Pero el estallido de la rebelión o de la guerra, el impulso a identificarse con uno de los grupos combatientes, la necesidad de apostar y arriesgarlo todo por un lado o por otro, crean nuevas realidades. Pueblos vecinos y amigos se despiertan así de lados distintos de la trinchera, rompiendo todos los lazos que antes los unían. Al mismo tiempo nuevas redes se forman, uniendo áreas que antes se ignoraban y que ahora combaten a un mismo enemigo. Las regiones en lucha no son el resultado mecánico de realidades anteriores, son antes que nada hijas de la violencia, obra de hombres con proyectos sociales enfrentados, creaciones de la historia humana.

A su vez las adhesiones a uno u otro bando no pueden más que dejar su impronta en todas las relaciones regionales, aún después de que los enfrentamientos armados hayan cesado. Las tradiciones locales glosan y reinterpretan, a veces durante cientos de años, los acontecimientos pasados y su distribución espacial para enriquecer, matizar e, incluso en ocasiones, trastocar las identidades sociales y regionales.<sup>5</sup>

---

<sup>5</sup> Recientemente el dirigente serbio Milosevic declaró: "Esta vez vamos a ganar la batalla de Kosovo", haciendo referencia a la derrota que sufrieron los serbios en el año de ¡1389! (Fontaine, 1993).

### **Desfases regionales e intersticios sociales.**

Estas rápidas reflexiones sobre algunas de las formas de regionalización propuestas por las ciencias sociales nos muestran que el principal peligro de cualquier definición de región —especialmente de aquellas que pretenden estar basadas en criterios "naturales" u "objetivos"— radica en la voluntad —rara vez consciente— de explicar la complejidad social a partir de un solo factor o de un pequeño conjunto de éstos. Pero al mismo tiempo, ninguna definición de región puede ser desechada en forma definitiva: El estudio de la distribución espacial de cualquier variable natural o humana puede enriquecer en mayor o menor grado nuestro conocimiento de la realidad. Sin embargo hay que cuidarse de extrapolar lo observado en cierto nivel de la sociedad al conjunto de ésta: La distribución espacial de un fenómeno no puede ser explicada mecánicamente por la distribución espacial de uno o varios fenómenos previos, sino que entre una distribución y otras siempre existen desfases, más o menos grandes, sobre los que es necesario interrogarse.

Así la única manera que existe de superar los límites de cada definición de región, en busca de una visión más amplia de la realidad social, pasa necesariamente por la reconstrucción de las historias de las distribuciones espaciales de determinadas variables sociales y de los desfases existentes entre unas y otras.

Este método tiene la ventaja de que para reconstruir la historia de cada una de dichas distribuciones —que corresponden a regionalizaciones distintas—, el investigador tiene que utilizar contextos temporales y espaciales diferentes para cada caso —no se puede utilizar las mismas delimitaciones temporales para estudiar la distribución de las lenguas, la creación de las divisiones políticas y administrativas, o las redes de intercambio comercial o cultural—, lo que le permite librarse de la

necesidad de ceñirse a marcos preestablecidos que muchas veces resultan engañosos o arbitrarios.

Por otra parte el comparar sistemáticamente regiones definidas a partir de fenómenos distintos, el investigador se ve obligado a romper los compartimientos estancos en los que se pretende dividir al todo social y a interrogarse, por lo tanto, sobre las relaciones que guardan entre sí fenómenos aparentemente ajenos los unos de los otros. Así los estudios regionales podrían intentar comprender las relaciones significativas que se manifiestan entre una regionalización y otra, sin dejar, claro está, de señalar los desajustes, las perturbaciones y las desviaciones que aparecen en la relación entre las múltiples regionalizaciones, y de los que sólo la historia, en su irreductible devenir particular y concreto, puede dar cuenta.<sup>6</sup>

Todo ello puede ser un medio eficaz para multiplicar las preguntas sobre la realidad estudiada y penetrar en algunos intersticios regionales y sociales en busca de historias que, aunque a menudo han pasado inadvertidas, han ido conformando el mundo cotidiano de los hombres. Esta forma de investigación requiere desplegar narraciones contrapunteadas, que al igual que el proceso histórico mismo, partan de lo dado, de lo ya existente, para ir construyendo nuevas realidades, nuevas síntesis creativas que a su vez se plasmen en el espacio.

El doble objetivo de este método, sin duda complejo y laborioso, es paradójicamente muy sencillo: reinscribir los fenómenos históricos en el espacio en el que se desarrollaron y mostrar, a su vez, el carácter histórico de dicho espacio.

---

<sup>6</sup> Esta forma de proceder se inspira —aunque con algunas reservas— de las reflexiones de Max Weber sobre los "tipos ideales" (Weber, 1974: I, 6-18).

## **Bibliografía citada.**

- BLOCH, M. 1975. *Introducción a la historia*. México: FCE.
- BLOCH, M. 1978. *La historia rural francesa*. Barcelona: Crítica.
- CANETTI, E. 1981. "El primer libro: "Auto de fe"", en *La conciencia de las palabras*, México: FCE, 303-317.
- CANETTI, E. 1983. *Masa y poder*, 2 vols. Madrid: Muchnik Editores y Alianza Editorial.
- DE LA PEÑA, G. 1981, "Los estudios regionales y la antropología en México". *Relaciones*, 8: 43-93
- DEL RIO, I. "Región. Diversidad espacial e historia regional". *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*.
- FEBVRE, L. 1970. *La terre et l'évolution humaine*. Paris: Albin Michel.
- FONTAINE, A. 1993. "L'Europe, ou les Balkans. *Le Monde. Selection hebdomadaire. Édition internationale*, 2326: 4.
- GATTI, L. M. 1981. "Indios, bandidos, ejidatarios: Las exclusiones del desarrollo regional", en *Montemorelos. Cuestiones regionales I*. México: CIESAS (Cuadernos de la Casa Chata, 39), 15-44.
- GATTI, L. M. 1987. "La Huasteca Totonaca (u otra vez la cuestión regional)", en L. M. Gatti y V. Chenaut, *La costa totonaca: Cuestiones regionales II*. México: CIESAS (Cuadernos de la Casa Chata, 158) 1-24.
- GATTI, L. M., D. CUELLO y G. ALCALA 1979. "Historia y "espacios sociales". Ensayo de una regionalización de "clases" de la plantación citrícola de Nuevo León". *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, XLI, 50: 23-37.
- GONZALEZ, L. 1991. "Terruño, microhistoria y ciencias sociales", en P. PEREZ HERRERO (Compilador), *Región e historia en México (1700-1850)*. México: Instituto Mora y Universidad Autónoma Metropolitana, 23-36.
- GOUROU, P. 1984. *Introducción a la geografía humana*. Madrid: Alianza Universidad.
- HIERNAUX N., D. y A. LINDON 1994. "El concepto de espacio y el análisis regional". *Secuencia*, 25: 89-110.
- HOBBSBAWM, E. J. 1992. *Naciones y nacionalismos desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- JUILLARD, E. 1961. "A propos de la notion de région géographique". *L'Homme. Revue française d'anthropologie*, I, 3: 109-111.
- LAMEIRAS, J. 1993. "El ritmo de la historia y la región". *Secuencia*, 25: 111-122.

- MURRA, J. V. 1975. "El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas", en *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 59-115.
- PEREZ HERRERO, P. 1991. "Los factores de la conformación regional en México (1700-1850): Modelos e hipótesis de investigación", en P. Pérez Herrero (Compilador), *Región e historia en México (1700-1850)*. México: Instituto Mora y Universidad Autónoma Metropolitana, 207-236.
- PRIGOGINE, I. 1993 *El nacimiento del tiempo*. Barcelona: Tusquets Editores.
- SAUTTER, G. 1961. "L'étude régionale, réflexions sur la formule monographique en géographie humaine". *L'Homme. Revue française d'anthropologie*, I, 1: 77-89.
- VILAR, P, 1979. *Cataluña en la España moderna*. Barcelona: Crítica.
- VIQUEIRA, J. P. 1983. "Realismo y nominalismo en las ciencias sociales". *Relaciones*, 13: 79-95.
- WEBER, M. 1974, *Economía y sociedad*, 2 vols. México: FCE.